

TROPIEZOS EN EL CAMINO.

.....unos km después.

- ¿Qué ves desde ahí?

- Veo el sendero, largo, que sube y sube, y se pierde entre las nubes. Sigue lloviznando. Acaba de entrar un rayo de sol, e ilumina ese pueblito que dejé atrás, ¿cómo se llama.....?

- ¿La Faba?

- Ese, ese mismo.

- Te lo dije. Una vez llegues a la cumbre, tendrás tu premio. Verás una alfombra de nubes, un largo muro. Oirás voces, quizá alguna carcajada.

Me encantaría que se abrieran las nubes, y el sol ilumine el esplendor de Cebreiro para tí.

Fue un duro pero cómodo ascenso. Si algo no tenía, era prisa. Mantener un paso constante y relajado, le ofrecía el placer de degustar cada rincón del sendero, advertir el murmullo del bosque y disfrutar del trinar de los pájaros.....

Le sosegaba el goteo de la lluvia sobre su paraguas. Los demás caminantes irónicamente comentaban dudando de su comodidad mientras la mayoría de ellos cocían sus cansados músculos bajo el multicolor plástico de sus ponchos. No les contestaba. Abría su gigantesco paraguas, y como si no fuese con él, se perdía en la niebla. Total, no volvería a verlos. Estaba seguro de que avanzando hasta el ocaso, daría con sus huesos en un pequeño y poco transitado albergue. "Una choza donde se ríe, es mejor que un castillo donde se llora", dicho que siempre se repetía a la hora de elegir un buen cobijo.

Cuando se lanzó por primera vez al Camino, se aferró a las sonrisas de aquellos a los que acompañó, cuya amistad mantiene en el tiempo. Ya en la casa del Apóstol, lloró tanto la despedida, que juró no volver a anclarse a la misma carcajada los días que dura el trayecto y disfrutar de infinitas sonrisas por un corto espacio de tiempo. Prefería mostrar una afectiva sonrisa, lanzar un caluroso saludo, y desaparecer con un escueto hasta luego.

Tropezó de nuevo.

- Estas "zapas" necesitan jubilación. No sé qué pasa con este Camino, en el que en cualquier momento me voy a dejar los dientes. No hago más que tropezar. (Risas al otro lado del teléfono). Realmente, no era el terreno abrupto quien provocaba sus constantes resbalones y tropiezos. Caminar con un paraguas y un móvil en la otra mano, era solo apto para malabaristas. En este caso, dio al teléfono prioridad, pues desde que volvieron a contactar días antes, se propuso que ella le acompañara distante hasta el mismo Obradoiro.

Tras varios meses de silencio habían vuelto a mantener conversación. Afortunadamente ella, tras lamerse sus heridas, siempre perdonaba, ya fuera por su afán de volver a abrazarlo, aun habiendo sufrido el desplante, o quizá por su eterna ansiedad por mantenerse en la distancia aferrada a los pasos de cualquier caminante que surcara esas sendas que tanto había pateado. Estas le otorgaban paz para “resetear” su cotidiana vida siempre repleta de deberes y monótonos quehaceres. Pensar en el Camino, la sumergía en placenteros recuerdos. El Camino cambió su vida, como desde tiempos remotos cambió la de aquellos que se lanzaron a él y quedaron por éste atrapados. En sus innumerables recorridos, llegó a sentir dolores por ella desconocidos, experimentó penurias que en una acomodada vida no hubiese imaginado asumir, pero se deleitó con momentos mágicos al compartir vivencias que solo quien se calza una mochila con el objetivo de recorrer cientos de km al único abrigo del cielo por techo puede entender, con una meta pareja a la de miles de predecesores que por mil diferentes causas purgaron sus maltrechas almas, incluso hasta dejarse la piel en el intento. Nunca durante sus andanzas imaginó sentir el zarpazo que éste, su “no Camino”, le iba con fuerza a marcar para siempre.

.....3.....2.....1

- ¡Has vuelto a tropezar! Seguro. Hace rato que no me hablas, así que pienso que esta vez es posible te falte un diente.

- ¡jajajajaja! Pareces bruja. No me he saltado ningún diente, pero el “talegazo” ha hecho eco en todo el valle. Además, me falta el aire ¡rediez!. Noto que falta poco para ver a Elías, y ahora el ansia me hace resollar. Dices que aquí dormiste tú antaño. Yo, continuaré unos km más, mientras la claridad dure. He oído de un albergue en Fonfría, en el que la hospitalera luce amplia sonrisa, sirve buen café y por alguna razón dicen, a ti.....te adora. Quisiera descubrir el por qué.

El silencio, apagó la conversación. Las lágrimas hicieron aparición en el rostro de ella. Sus recuerdos la asaltaron por enésima vez desde que decidió compartir Camino con él en la distancia. “No imaginas la de veces que has humedecido mis ojos estos días”.

Desde las preñadas vides en la Rioja, sobre los círculos concéntricos de Agés, atravesando la tediosa inmensidad de Tierra de Campos, bajo los primeros copos de nieve inundando la sagrada tierra templaria, hasta la tumba entre pallozas, ella en cada crónica de su muro, le venía advirtiendo de los pasos del día venidero, le describía ese imponente monumento por descubrir, y le aconsejaba donde degustar ese buen vino con el que él engordaba a diario su inseparable bota.

“Pan y vino, para hacer el Camino.....y un paraguas.....por si las moscas.

Meses antes, desde la más larga de las distancias, él envió una flor azul llena de promesas, que ella recibió emocionada. Desde entonces, “azul” fue el color de sus saludos, de

sus conversaciones, y muy a su pesar, también fue el color de una cruel despedida. Las promesas son fáciles de lanzar, pero no siempre se llegan a cumplir, y en esta ocasión las incumplidas, tornaron en color morado sus mañanas, en gris sus largas tardes y en negro sus solitarias noches. Decepcionada, dolorida y traicionada, se propuso aferrarse de nuevo a sus sueños, esta vez de mil colores, desprendiéndose del azul, y es por ello que, en la última lágrima por él derramada, llevó la flor a un lugar para ella sagrado, en el paraje más conmovedor de sus caminos, en la mística ermita de Santa María de Eunate en plena soledad navarra, allá donde Aragón casi abraza a los que eligieron Roncesvalles como punto de partida en su caminar. Se prometió a sí misma que no volvería a tropezar por amor, y a los pies de la preciosa imagen de la Virgen, la rosa azul depositó.

- ¿Cómo vas?

- Bien. He coronado la etapa de hoy. Ésto es precioso. ¿Sabes? Ha salido el sol. Veo sus rayos atravesar las nubes allá abajo, sobre un mar inmenso, un mar que lo tapa todo. Es como si debajo, hubieran quedado borrados los pasos dados, los tropezones en las piedras, los quejidos..... Quedan los moratones, azules, pero esos no los quiero olvidar, pues me recuerdan a ti.

Esta vez fue él quien sintió sus ojos humedecerse, y se sintió verdaderamente cansado, agotado..... en cuerpo y alma.

- ¡Eh! Hace rato que no te oigo.....

Tras tantos días de caminar, me da, que creo has topado con lo que buscabas.

Mirando al sol, él contestó:

- ¿Sabes? Estoy harto de tropezar.

Vi cómo te levantabas en Eunate, mientras yo, hundido me lancé a seguir tus pasos, dejando que las nubes me aplastaran cegándome allá abajo, y me doy cuenta que siempre a la larga sale el sol, y que hoy más que nunca, mis ojos se han abierto tras las lágrimas que los inundan, y siento la necesidad de tu abrazo.

En la oscuridad de la capilla, un rayo de luz, a través de los ojos en la pared, iluminó la estancia donde descansa el Padre, y el corazón le dio un vuelco, al darse reconocer que había dado con lo que sin querer había estado buscando. El color añil de la vidriera, convertía el rayo en un haz azul intenso, que remarcó varias letras del nombre grabado en el suelo, y su mente creyó ver que las más iluminadas rezaban una corta palabra: "Ella".

Se dio cuenta que gracias a los que construyeron una inacabable infraestructura, gracias a los que dedicaron su tiempo a acoger a los cansados caminantes, a los que ampliamente documentaron un grandioso trazado, a los que, como ese hombre bajo la azulada luz en la capilla, marcó hitos y piedras para que los Peregrinos encuentren el rumbo bajo las nubes cuando es imposible ver las estrellas;.....gracias al Camino, una poderosa atracción como las olas de Muxía, encendía chispas entre los dos, como cuando dos piedras chocan iluminando el cielo en noches de Perseidas.

Esa tarde no caminó. Vagó por entre las pallozas y finalmente, decidió que aquel Camino había llegado a su fin.

- El Santo Apóstol siempre podrá esperar se dijo. Él sabe que voy a visitarlo, pero seguro verá con buenos ojos que decida de pronto ir a visitar a su Madre la Virgen, y así fue como al día siguiente tomó el primer bus con destino a donde el tiempo para ellos se paró, allí donde descansaba una rosa azul, la que por a causa de una inmensa pena vestía los pies de la Santa, y es así como tras un latente silencio entre ellos, sus pasos se salieron del Francés en Muruzábal y en breve pudo reconocer a lo lejos los imponente arcos de un claustro difícil de olvidar para todo aquel que haya atravesado sus cien puertas.

Despojándose de su mochila, penetró en el recinto iluminado por altas estrellas labradas en el techo para que el Peregrino sienta como si del trazado nunca se hubiese separado, más aun, el espectacular y místico claustro exterior forma parte del Camino, en el que tus pies nunca abandonan esa segura sensación de permanecer inmerso en el buen sendero.

Y allí la vio, cuando sus ojos se adaptaron a la tenue luz, a los pies de la preciosa imagen, una rosa azul como el cielo de la mañana, vistiendo los pies de la Gran Madre, una flor eterna, tratada para perdurar en el tiempo, dormida, pero viva. Saltó el cordón para verla de cerca, y una voz desde la penumbra, atajó su ansia por recogerla del altar.

- No deseo que la cojas escuchó. Es más, la Virgen se merece ese valioso regalo que un día dejé a sus pies, y los dos merecemos que Ella con su eterno amor la cuide.

Estás aquí. Creo que has encontrado aquello que buscabas, y yo solo puedo decirte estoy dispuesta y deseo compartir tus pasos desde este mismo instante. Hace tiempo que dices tropezar y un hombre fuerte y decidido como tú, no debería mirar al suelo y caer nunca más. Si escuchas a tu corazón, y éste pertenece a quien en verdad bien te ama, nunca tendrás miedo a atravesar las nubes, nunca caminarás a oscuras y siempre sabrás, que allí donde tropieces, mi mano estará presta a sujetarte fuerte, porque no hay amor más grande, que el que nos ha brindado el Camino.

Dicen peregrinos llegados de todos los rincones que cuando las estrellas de Eunáte resplandecen en las noches de luna nueva, fijando su mirada en la flor sobre el Altar de los Cielos, la Virgen profiere una tierna sonrisa. Sabe que ellos volverán a visitar ese sagrado lugar, y lo harán juntos.

Hoy, una carta en el buzón sellada en Fonfría, espera a ser por él recogida.
Solo unas letras en el remite rezan ¡como para no quererla!
En su interior, hay una foto de una mujer, una peregrina con una taza de buen café en la mano y en su rostro la sonrisa más inmensa conocida.